



ANA R. VIVO

AQUELLAS
pequeñas

COSAS

Aquellas pequeñas cosas es una historia de superación, de amor apasionado, secretos inconfesables y de perdón.

Sarah Stone es una adolescente que se ve obligada a abandonar su hogar, con una mochila cargada de problemas. Catorce años después, la vida le ha dado una segunda oportunidad para ser feliz. Sin embargo, como una maniobra del destino, su corazón vuelve a tocar fondo. Debe regresar con su pequeña familia a Mystic, el pueblo al que juró que nunca volvería, donde tendrá que enfrentarse a su oscuro pasado.

Luke Graham es un científico, un prestigioso biólogo marino que, tras una decepción amorosa, decide regresar a su pequeño pueblo natal y ser solo el afable veterinario local. Nunca hubiera imaginado que volvería a ver a la preciosa Sarah, la pelirroja que se sentaba en el pupitre de delante y que lo volvía loco de amor, cuando solo tenían siete años. Sarah y su familia han regresado a Mystic y al parecer, por primera vez, ya no es invisible para ella, sino que se convertirá en... lo que ella quiera que sea.

Para Sarah era doloroso encontrar el sentido de la vida y ver cómo se le escapaba, pero él le enseñaría que las pequeñas cosas, a las que tanto aludía, eran las que finalmente definían a las personas.

Índice de contenido

Cubierta

Aquellas pequeñas cosas

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Segunda parte

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Tercera parte

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Sobre la autora

Prólogo

Mystic. Nueva Inglaterra

—¡No quiero que te acerques a ella! —exigió su hermana con voz rabiosa.

Discutían en voz baja, pero sus voces se escuchaban con claridad, como cuando se peleaba la gente y no quería que nadie se enterara. Aunque deberían saber que esa táctica nunca funcionaba. Además, era imposible no oírlos, cuando los gritos se colaban por el hueco de la escalera hasta su dormitorio.

Sarah se cubrió la cabeza con la almohada para impedir que los susurros apaciguadores de él le taladraran el cerebro. Sin embargo, su nombre sobresalía con fuerza en las frases entrecortadas, lo que no dejaba lugar a dudas de que el motivo del conflicto era ella.

No le aliviaba que todo estuviera a punto de salir a la luz, después de dos infernales semanas. Jason jamás confesaría a su novia lo que le había hecho y ella, al no recordarlo, no podría defenderse.

—¡Ya te lo dije, joder! —Él suspiró con fuerza y equilibró la voz—. Confía en mí, por favor —imprimió con la súplica un atisbo de sinceridad incuestionable.

Jason Bullock nunca se alteraba, solo en contadas ocasiones. Su tono controlado, su saber estar y su encomiable

don de la palabra eran armas contra las que ella no sabía luchar. Su hermana tampoco.

—Me pides que confíe en ti, pero no puedo.

—Rachel, cariño. —Suavizó el tono como si fuera una caricia—. Sarah es una chiquilla de dieciséis años. Jamás podría desear nada de ella porque solo es una niña; pero tienes que comprender que no puedo retirarle la palabra ni ignorarla si la encuentro borracha por la carretera, incluso drogada o qué sé yo... Mi deber es traerla a casa y cuidarla. —Chasqueó la lengua con desagrado al terminar la última frase y ella sintió ganas de vomitar.

Después de una descripción tan gráfica, su hermana la imaginaría por ese orden.

Supo que Rachel había caído en su red en cuanto escuchó su llanto amortiguado. Las frases bonitas de consuelo que él murmuraba en su oído sonaban a promesas. La engañaba. Otra vez. Era un maestro en el arte de engatusar y sabía cómo desdibujar la realidad. Ahora, su hermana vería en ella a la chica horrible a la que había que escarmentar y, sin embargo, era Jason el que la perseguía; el que se hacía el contradizo en cada esquina y le sugería acompañarla a casa para que no caminara sola por la noche.

Rachel era una pobre ingenua si pensaba que él era el bueno y ella la mala.

Los sibilantes susurros cargados de tensión volvieron a flotar por el hueco de la escalera, lo que indicaba que retomaban la disputa. «No creas sus mentiras, por favor», rogó mentalmente, mientras se limpiaba las lágrimas.

Sabía que él estaría mirando en dirección a su habitación con frialdad, como si esperara que apareciera por la puerta para defenderse en cualquier momento. ¿Para qué? No serviría de nada.

Lo sucedido dos semanas atrás había marcado un antes y un después en su corta vida. La crisálida que protegía su inocencia había sido rasgada aquella noche y, en lugar de surgir una vistosa mariposa que alzara el vuelo, brotó ella,

cabizbaja y avergonzada, sin saber qué había ocurrido, ni con quién ni cómo. Solo quedaban las risotadas de Jason y sus amigotes, varios pares de manos desnudándola mientras su boca gritaba «no», aunque de su garganta no saliera ni un triste gemido.

«Cierra el pico, Sarah, no querrás que todo el mundo sepa que eres una puta», le dijo Jason antes de abandonarla en la puerta de su casa, asustada, con las piernas temblorosas y el cuerpo dolorido.

Evocar aquellos largos minutos en el asiento trasero del BMW del señor Bullock, le revolvió el estómago. Todo fue muy confuso y no comprendía por qué su mente se había dejado llevar por un extraño sopor. Después de la sorpresa que sintió al despertar por el zarandeo de Jason, comprendió lo que había ocurrido y la rabia se apoderó de ella.

No había ni rastro de sus amigos en el coche, el ruido de las botellas de cerveza al chocar y sus risotadas habían dado paso a una calma mortal. Solo estaban ellos dos, en la puerta de su casa. La luz amarilla del porche la esperaba, como un centinela que la espiara, y una lágrima tan caliente que quemaba comenzó a rodar por su cara. Después otra y otra, hasta que fluyeron imparables.

«Toma, nena, se me olvidaba devolvértelas». Le dijo Jason después de bajar su bicicleta de la parte trasera del coche. Estiró una mano y le entregó sus bragas rotas. Ella las asió con rapidez, dando a entender que de aquella forma su repulsa y su vergüenza quedaban atrapadas entre sus dedos, como si solo fueran pequeñas sensaciones sin importancia. Pequeñas cosas que no merecían la pena.

¿Cómo iba imaginar que Jason y sus amigos harían algo tan horrible al ofrecerle llevarla a casa porque la lluvia arreciaba? ¿Cómo iba a imaginar que...?

Cuando lo miró en la oscuridad y le preguntó por qué lo habían hecho, él fue tan explícito como siempre: «Vamos, pastelito, no te pongas así. Llevabas mucho tiempo pidiéndolo a gritos».

Entonces, pensó en su hermana, en lo enamorada y ciega que estaba, en qué le diría cuando le preguntara por su aspecto al verla entrar en casa. Se limpió las lágrimas de un manotazo, apretó las bragas en la mano y corrió escaleras arriba hasta llegar a su cuarto. Ni siquiera se paró a saludar a Rachel que se acicalaba ante el espejo de la entrada. Iba a encontrarse con su novio, con el hombre que acababa de violarla junto a sus amigos.

Creó escuchar que la llamaba, pero incapaz de mirarla a la cara se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta, como si así pudiera protegerse de la situación. Enseguida, sintió la necesidad de borrar la evidencia que tanto la mortificaba. Se desnudó y con manos temblorosas se tocó entre muslos. Los sentía húmedos, como si algo pegajoso resbalara por su piel. Extendió los dedos y los miró con aprensión, al ver la evidencia que no dejaba lugar a dudas.

A la velocidad del rayo, pasaron por su cabeza las imágenes turbias de Thomas y Michael riendo a carcajadas. Bebían cerveza al tiempo que la zarandeaban de un lado a otro y toqueteaban sus pechos por encima de la ropa. Aliviada, vio a Jason rodear el coche y abrir la puerta trasera. Estiró una mano hacia él para que la sacara de allí, pero no solo no la auxilió, sino que a través de la niebla que enturbiaba sus pensamientos, comprobó con pavor que él iba a ser el primero que la humillara.

Las risotadas comenzaron a distorsionarse, un ruido infernal que ensordecía sus oídos. Por un segundo, creó que todo se trataba de un mal sueño, ¡qué tonta!

Los tres parecían felices y se animaban. Ella no podía moverse, ni articular palabra, ni siquiera mantener los ojos abiertos; se sentía tan ebria que parecía increíble, ya que apenas había dado dos sorbos a la bebida que le habían ofrecido nada más subir al coche.

Lo último que recordaba era que Jason dijo que fueran decidiendo quién iba después. Separó sus piernas, el vestido se había enrollado en sus caderas por el forcejeo, le

arrancó de un tirón las bragas y se enterró en ella con fiereza.

«Así me gusta, pastelito», repitió una y otra vez.

Al regresar al presente, a la realidad de su oscura habitación, se limpió de nuevo las lágrimas. Los gritos de Rachel habían subido de intensidad.

—¡O te alejas de ella, Jason, o...!

—¿O qué? ¿Qué harás? ¿Me dejarás? —inquirió él con la seguridad de que su hermana jamás haría eso.

—Tendrá que irse de casa. No la quiero cerca de ti. No la quiero cerca de nosotros —fue la sentencia final de una mujer celosa.

Sarah no quiso escuchar más.

Salió de la cama, se vistió con rapidez y guardó algunas cosas en una mochila, consciente de que hacía lo correcto. Ya no podía seguir enfrentándose a la mirada acusadora de su hermana ni a la burlona de él.

Metió en un bolsillo el poco dinero que había ahorrado de su trabajo en la tienda de dulces, durante las vacaciones. Descendió las escaleras con cautela y, antes de que la descubrieran, huyó por la puerta trasera. Corrió por el camino que llevaba al embarcadero. La luz de la casa de los Graham estaba encendida, como siempre, y supuso que Luke estaría estudiando, también como siempre. Rodeó la tarima de madera y enfiló hacia el pueblo, casi sin aliento, con las lágrimas nublándole la vista y sin querer mirar atrás.

Abandonaba para siempre su hogar en Mystic y jamás regresaría.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Manhattan. Nueva York
Catorce años después

Sarah corrió por el oscuro pabellón del hospital y llegó al mostrador, donde un sanitario comprobaba unos registros en el ordenador. Nada más identificarse, el joven alzó la cara y le indicó la habitación a la que habían subido a su marido desde el área de cuidados intensivos. Le dio las gracias y continuó su carrera hasta la cuarta puerta a la derecha.

En el interior flotaba una tenue penumbra que imponía.

Sarah tomó aire y suspiró con nerviosismo; debía serenarse y no entrar como una loca histérica. Lo último que deseaba era asustar a Robert, aunque ella estuviera muerta de miedo. Se acercó muy despacio para no hacer ruido con los tacones en el suelo de linóleo. Solo quería darle un beso de buenas noches. Nada más. Lo había echado tanto de menos desde que la avisaron el día anterior, que necesitaba tocarlo y asegurarse de que se encontraba fuera de peligro. Fue verlo en la sala de cuidados intensivos, rodeado de máquinas que lo conectaban a la vida, y sentir que si lo perdía moriría con él. ¡Lo quería tanto!

Rob estaba dormido. Tenía cuidadosamente colocada la sábana por encima de los hombros, como si no se hubiera movido desde hacía mucho tiempo, y juraría que tenía la

misma posición que cuando le permitieron observarlo a través de una ventanilla, en el área de pacientes críticos.

Hacía mucho calor en la habitación, pero cuando rozó su frente con las puntas de los dedos, comprobó que su piel estaba fría. Se le veía pálido, vulnerable, a pesar de ser un hombre de complexión fuerte y bastante alto.

En ese instante, entró el sanitario que la había informado poco antes. Le indicó que podía quedarse mientras lo examinaba y comenzó a comprobar la máquina que monitorizaba sus constantes.

—¿Está todo bien? —Su voz sonó estrangulada.

—Así es, señora —asintió el enfermero sin abandonar su tarea—. Su marido se encuentra estable. Mañana podrá tener más información, cuando lo visite su médico.

Le recordó que si necesitaba algo pulsara el timbre y se marchó.

Ella suspiró mientras trataba de convencerse de que, por fin, Rob estaba fuera de peligro. Siguió mirándolo durante un buen rato, sin saber qué hacer, si sentarse o permanecer de pie. Ni siquiera supo el tiempo que se quedó allí quieta, a su lado, sin apenas respirar y empapándose de su cercanía. Deseó suavizar su ceño fruncido con los dedos, como solía hacer cuando se abrazaban en la noche y él le contaba sus preocupaciones, pero no se atrevió por temor a despertarlo. ¡Lo amaba tanto!

Recordó cuando se conocieron, catorce años atrás. Ella acababa de llegar a Nueva York, con una mochila cargada de resentimiento como equipaje. Buscaba trabajo, llevaba dos semanas pateándose la ciudad y apenas tenía dinero, por eso dormía en la calle desde hacía cuatro días, para asegurarse una comida diaria con las pocas monedas que le quedaban en el bolsillo.

Aquella mañana, tenía un hambre voraz. Estaba a punto de desfallecer cuando decidió entrar en una cafetería para ingerir algo rápido y ocupó el único asiento libre que quedaba en la barra.

El local estaba atestado y el olorcillo a comida recién cocinada le hizo suspirar.

Pidió un bocadillo de salchichas y casi lo había devorado cuando alzó la vista y reparó en él. Estaba sentado a su lado, mirándola sin parpadear, con una sonrisa en su afable rostro. Debía resultar cómico, ver a una muchacha de aspecto tan delicado y sensible mientras devoraba su almuerzo como una leona hambrienta. Le devolvió la sonrisa con desconfianza y se afanó en concluir su bocadillo antes de que enfriara.

Aquel hombre le cayó bien nada más cruzar unas palabras. Se mostró preocupado por si la había ofendido con su escrutinio, le pidió disculpas y le explicó que nunca había visto a nadie disfrutar tanto mientras comía.

Ella prefirió no decirle que sería lo único que iba a tomar en todo el día.

No hablaron mucho más, aunque él debió suponer su situación porque, como el que no quiere la cosa, le comentó que en su empresa necesitaban personal para ampliar la plantilla. Seguro que reparó en su ropa arrugada, en su mochila a la espalda y las enormes ojeras que le daban aspecto de mapache.

Lo miró con recelo. Después de su triste experiencia, nunca podría confiar en un hombre que le ofreciera algo a cambio de nada. Desde que dejó Mystic, llevaba conectado su radar para interceptar sinvergüenzas y, aunque con él no emitía ninguna señal, no se fiaba.

El señor Robert Malone, como le dijo que se llamaba, pareció adivinar sus pensamientos al verla alzar una muralla invisible entre los dos. La tranquilizó, entregándole una tarjeta de visita y se despidió con un simple, «piénsalo, muchacha».

Esa misma tarde, después de lavarse en los aseos de señoras de la cafetería, acudió a la empresa que indicaba la tarjeta. Rob la recibió en un bonito despacho con vistas a un precioso parque y la hizo sentir bien al no interrogarla.

Solo una breve entrevista en la que le quitó importancia al hecho de que mintiera al decirle que era mayor edad y que había perdido su documentación. Él solo le preguntó dos cosas, esta vez sí se puso muy serio. Quiso saber si se había fugado de casa y si la buscaban por delinquir o algo similar. Sus ojos azules clavados en ella que negó en silencio, soportando su mirada con dignidad. Finalmente, hizo como que se creía sus argumentos, aunque le comentó que era evidente que se escondía de alguien; no obstante, si deseaba volver a empezar, él podía darle una oportunidad. Y así fue.

El señor Malone no solo se convirtió en su jefe, sino también en su ángel de la guarda. Ella lo llamaba cariñosamente su talismán, porque a partir de entonces todo comenzó a irle de maravilla. Era un hombre que le doblaba la edad, viudo y con un hijo de dos años a su cargo. Un tipo estupendo que se convirtió en su mejor amigo. No era excesivamente guapo, aunque su cara agradable y sus ojos claros le conferían un atractivo especial. Además, su forma de ser, y de relacionarse con la gente, hacía que todo el mundo lo apreciara.

Sarah regresó de sus pensamientos y volvió a acariciar su rostro con la punta de los dedos. Recordó con nostalgia el día que comenzó a trabajar a su lado, el día que marcó un antes y un después en su vida.

Robert poseía una pequeña empresa de transportes a nivel nacional que había creado de la nada. Al principio se llamaba Transma S. L., de transportes Malone, pero años después vendió parte de sus acciones y se asoció a Paul Irvin. Fue entonces cuando unieron de forma infantil las primeras letras de sus apellidos para constituir la nueva Transirma S. L. y así es como la conoció ella.

Rob la ayudó a alquilar un pequeño apartamento cerca de las oficinas, lo hizo a su nombre para evitar problemas con el casero por no alcanzar la edad legal, y nada más comenzar a trabajar con él, aprendió los entresijos del *market-*

ing y la logística que favorecía un transporte más fluido por carretera. Era un buen maestro y ella absorbía sus conocimientos de ingeniería como una esponja.

Poco a poco, fue confiando también en el hombre que la animaba a seguir más allá, sin rendirse ante los grandes desafíos con los que se topaba. Aunque ella siempre mantenía el «radar» conectado.

Sin darse cuenta, Robert se convirtió en un pilar muy importante para soportar los primeros y más duros meses de su nueva vida. También fue la primera persona que supo de su embarazo; la acompañó a la consulta del doctor Martin, un médico de su confianza que se encargó de supervisar la gestación, y acusó estoicamente las miradas acusadoras de muchos que pensaban que era un perverso sexual por preñar a una niña.

Poco a poco su relación se fue afianzando. Meses después, llegó al mundo Samantha y sin darse cuenta el tiempo transcurrió con rapidez. Dos años más tarde, su vida había cambiado de forma rotunda. Era una joven madre que estudiaba, animada por su mejor amigo, y trabajaba muy duro para sacar adelante a su pequeña. La madurez se había instalado en ella demasiado rápido, pero era feliz. Madre e hija vivían cerca de la oficina, frente al parque que se divisaba desde la oficina de Malone y, algunas tardes soleadas, Robert y el pequeño Steve, que ya tenía cinco años, las acompañaban. A Samy le encantaba corretear a su lado, con sus coletas oscuras y sus mofletes sonrosados, consideraba al niño como una especie de héroe, un hermano mayor al que imitar. Lo adoraba y se llevaban de maravilla.

Al ver a los cuatro juntos, cualquier diría que formaban una preciosa familia, de la clase que muchos desearían. Ambos se sentían dichosos al mantener una relación de amistad tan especial. Lo malo era que la empresa no iba todo lo bien que desearían Rob y su socio. Había mucha oferta a nivel nacional y los precios eran demasiado bajos para